



AÑO IV

← BARCELONA 9 DE MARZO DE 1885 →

NÚM. 167

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



TIPO DE BELLEZA (reproduccion fotográfica por el método Meisenbach)

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—COSTUMBRES DEL SIGLO XVII (*El chocolate*), por don Julio Monreal.—SOLITA (*continuación*), por don Enrique Perez Escribá.—LOS GRANDES INVIERNOS (II), por el Doctor Hispanus.

GRABADOS: TIPO DE BELLEZA (reproducción fotográfica por el método Meisenbach).—DOS HERMANAS, cuadro por E. Blaas.—LA CABRERA, dibujo de J. M. Marqués.—SOLACES MUSICALES, cuadro por T. E. Rosenthal.—EL PINTOR CARTUJO, cuadro por H. Kaulbach.—VICTOR MAUREL, notable barítono francés.—LUIA DUDLEY.—ENRIQUE BURTON.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: VISTAS DE MONTEVIDEO.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

La magia antigua y la magia moderna.—Cuando se huyó la fe se marchó el diablo.—Hermann.—La leyenda del diablo prestidigitador.—La última novela de Pereda.—Anuncios literarios.—Andaluza.

Las viejas artes de la magia han desaparecido del mundo, y ya no constituyen el terror de los crédulos, motivo de consejos en la plebe, ni el pasto de las fantasías exaltadas; sino que congregando al público en la sala de un teatro, sirven no más que para entretener tres horas de una noche, con las sorprendentes pero explicables combinaciones del escamoteo y la prestidigitación. Macallister y Hermann I se dirigieron a un público más confiado y más propenso a lo fantástico que este público ante el cual se presenta en el teatro de la Zarzuela de Madrid Hermann II, hermano del que hizo ilustre el apellido y paseó por todas las cortes de Europa su ciencia diabólica y asombró a los rusos y a los napolitanos, a los vecinos de Varsovia y a los del Cairo con la suerte de las peceras escamoteadas en la estrecha manga del frac y con las adivinaciones de cartomancia y cabalística.

Eran, sí, otros tiempos aquellos los en que Macallister y Hermann I andaban por la tierra: había mucha fe en los corazones y un *parti pris* de credulidad que se antepone al deseo de buscar la maravilla de que nos hacían testigo aquellos genios del escamoteo. Una suprema habilidad, una ligereza superior de los dedos y un golpe de vista perspicaz y penetrante se atribuía a la intervención del diablo. Este poderoso señor era aún un monarca; después ha sido destronado, porque, como ha dicho alguien, el día en que los hombres empezaron a dudar del cielo es porque estaban ya convencidos de que no había infierno. A pesar de eso, Hermann II obtiene en el teatro de la Zarzuela un éxito muy grande; aunque si bien se examina el fondo del agrado con que el público contempla sus ejercicios, no hay en ello aquella grandiosa impresión fantástica que hacía ver en los antiguos prestidigitadores, detrás de su silueta de hombre elegante embutido en el negro frac, el perfil sardónico de Cagliostro, perdido ya en perspectivas lejanas de la historia en algún lujoso gabinete de Versalles, cuando en los giros concéntricos del agua contenida en un vaso, deletreaba el horóscopo de María Antonieta; no es ya otra cosa que el agrado físico, el contento que produce la limpieza del escamoteo. No se teme en el prestidigitador a un primo del diablo; se admira a un hombre habilidoso y esto es todo. Una de las suertes de escamoteo que más han llamado la atención ha sido la de hacer desaparecer entre sus manos a una enanita muy conocida en Madrid, llamada Lola, que vende décimos de lotería y periódicos a la puerta del Café Suizo. Hermann hizo girar sus manos arqueando los brazos en torno de aquella niña, y la niña se volatilizó, se evaporó, desapareció de los ojos de los espectadores. El asombro del público fué grande, pero ese espíritu de burla, que va unido en el siglo presente a los mayores momentos de entusiasmo y de admiración, hizo que habiéndole preguntado a uno de los espectadores si encontraba aquello digno de elogio y que si le había causado efecto, contestó: «Sí, ha causado mucho efecto; pero más hubiera causado el escamoteo de Parreño.» Conviene advertir, para los que no sepan quién es Parreño, que hablo del más grande de nuestros actores, no precisamente por el talento, aunque le tiene, sino por la figura.

De estas sesiones de cartomancia, cabalística, escamoteo, prestidigitación, magia blanca, etc., etc., voy, sin que me detenga término alguno de transición, a las impresiones que en mi memoria han dejado algunos viejos libros de diabolología que enseñan el arte seguro y eficaz para llamar al diablo y hacerle partícipe de nuestras acciones, pedirle consejos en los casos de duda y obtener su benévolo apoyo y su decidida protección. Son estos libros menos conocidos de lo que debieran, porque al fin y al cabo la vida presenta apreturas y tan angostos pasos, que el auxilio del diablo recibiríamosle con júbilo si se dignara concedérsenosle.

El negro monarca que a los niños se les aparece todavía con cuernos y rabo en sus sueños medrosos de invierno; a las muchachas púberes en la figura de un elegante trovador, que escala los muros y hiende las rejas y penetra en los más secretos camarines, donde padres y tutores, dueños ó monjas esconden los tesoros de la doncella y la virtud; a los pobres en la forma de un enorme talego lleno de onzas de oro, que bien puede contener de ellas una tonelada, y del cual el propio peso del oro hacia reventar la tela saliendo por la herida un chorro reluciente y sonoro de monedas; y en fin, al desesperado en la forma de la muerte, de una inmensa tranquilidad en el

fondo de una huesa, teniendo encima una vara de tierra y al lado la quieta y silenciosa compañía de otros, que también han arrojado poco ántes el fardo de sus dolores;... el diablo, en fin, ha pasado de moda y apenas si ya es una palabra en las discusiones teológicas, un personaje en los autos sacramentales de la vida y un agente del amor.

Un cuento me dicta mi mente que expresa esta manera de comprender el diablo de las modernas sociedades. Parece ser que el diablo, viendo que el infierno había sido abolido y careciendo de medios de subsistencia, perdido el crédito con sus hermanos los ángeles, decidióse á buscarse la vida haciendo juegos de manos. ¿Quién como él asombraría á las multitudes con prodigiosos escamoteos; cogería una moneda entre sus nerviosos dedos pulgar é índice de la mano derecha, adornados de uñas sonrosadas y largas, y arrojándola en el aire la convertiría en una estrella que iría á unirse á las armónicas combinaciones de notas de fuego que flotan en el espacio; presentaría enorme cesto lleno de flores, donde todos los colores de la primavera y todos sus perfumes se mezclaran en una sinfonía de matices y de olores, y describiendo sobre él con sus manos unos cuantos signos misteriosos, cada una de aquellas rosas se convertiría en un reptil? Fué cosa no tan pronto concebida como decidida y resuelta y aún puesta por obra; y á los pocos días, un teatro de Londres anunciaba con letras gruesas de abigarrado color el nombre de un prestidigitador ruso que presentaría ejercicios completamente nuevos y desconocidos. Empezó la representación, y el diablo impresionó desde luégo al público con su extraño aspecto. Llevaba largo frac de elegante corte, medias de seda y charolado zapato, adornando el empuje del pié con lazos de raso negro y desmayados como las alas de una mariposa moribunda. Sobre la blancura de su camisa fulguraban cuatro enormes brillantes que por su tamaño causaban asombro y con sus luces cegaban; el rostro sardónico y burlo; el bigote fino, sedoso y rizado; los labios contraídos en una línea de desden; la fina y aguda dentadura tan blanca, tan lechosa y tan apretada como la de un cachorro de tigre; los ojos relampagueantes, negros y hondos; las espesas y elegantes cejas; y en fin, sobre la ancha frente, la cabellera hermosísima, aleonada, con mechones grises que se mezclaban entre los mechones negros, á la manera que la nieve se mezcla con el ramaje del cedro cuando empieza el deshielo; la voz áspera y gutural en que á veces sobresalía algún timbre agudo, dominando por lo común cavernosas vibraciones, servía de vehículo á un idioma que no se parecía á ningún otro, mezcla de todos los que los hombres de los distintos países hablan; comprensible pero vago, misterioso aún con su claridad; y un verbo inagotable, una gracia infinita, una táctica deliciosa, una ironía de buen gusto salpicaba aquí y allá sus frases. Era realmente el rey de los prestidigitadores. Los aplausos, el delirio, llegaron al último límite; y cuando al primer juego sucedió el segundo, y á este el tercero y el cuarto luégo, todos brillantes, nuevos, originalísimos y sorprendentes, el delirio rayó en frenesí. Por entonces, el ruido de los aplausos llegó al cielo y Dios dijo al oírlos: «Eso no puede ser más tiempo;» y envió á un ángel al teatro para que desmascarase á Lucifer. Iba vestido con ancho gabán de pieles que disimulaba sus alas, un sombrero de copa ocultaba las crenchas doradas de sus cabellos, y con este disfraz vino el ángel luégo á ocupar una de las pocas butacas vacantes que había en la sala, en ocasión en que el diablo ejecutaba el más sorprendente de sus juegos de escamoteo, que consistía en coger un alfanje, admirablemente templado, enseñárselo á todos, y después que los espectadores se hubiesen convencido de que se trataba de un arma homicida y temible, darse un soberano tajo en el cuello, cortarse la cabeza y cogiéndola por los mechones ponerla en la mano y pasearse por la sala goteando sangre; y cuando lo hubieran todos visto en tan dramática guisa, volver á colocársela encima de los hombros y contestar al terror del público con una sonora carcajada. Empezó su juego, y al llegar aquella parte en que ofrece al público el alfanje por sí entre los espectadores había alguno capaz de darle la cuchillada, entonces, el ángel, que iba disfrazado con su gabán de pieles, se levantó y dijo: «Yo quiero dar ese golpe de gracia.» Inmutóse el diablo, pero en el inmenso descrédito y en la triste perturbación de sus facultades á que el cambio de ideas y la pérdida de su poderío le había llevado, no supo con quién se las había é invitó al espectador á que pasase al escenario y el ángel tomó el alfanje y cuando le tenía en la mano, con un rápido movimiento echó hácia atrás la hopalanda de pieles, abrió sus alas, voló sobre el diablo, y este, al reconocer á un enviado del Todopoderoso, cayó al suelo retorciéndose en maldiciones y denuesos.

El movimiento novelesco es constante en España, y en esta semana de tres distintas obras he de dar cuenta; una ya publicada, otras dos próximas á publicarse. La que ya se ha publicado ha obtenido aplausos considerables de la crítica; es la que con el nombre de *Sotileza* ha escrito don José María de Pereda, el inimitable pintor de las costumbres montañesas.

Sotileza es una historia de marinos y pescadores; el principal personaje de ella es el mar con sus terribles caprichos y con sus dulzuras idílicas; el segundo personaje de ella es la miseria de los pescadores santanderinos. Entre la grandeza del mar, entre el espectáculo siempre vario de sus olas y de sus costas, y entre el cuadro horrendo y

espantoso de la miseria de aquellos infelices, deslízanse las deliciosas páginas de este libro. Y el autor ya busca la pluma de Cervantes para describir escenas de costumbres con una propiedad y un gracejo extraordinario, como apela al pincel de los artistas y de los pintores de marinas para trazar en sus cuartillas la silueta de una enorme ola cárdena é hinchada que avanza sobre una pobre barquilla para hundirla, ó el alegre grupo de unas cuantas barquías perdidas en la inmensa y tranquila planicie del mar en calma.

Sotileza es una muchacha, hija de pescadores, recogida por dos de ellos cuando la miseria la rodeaba por todas partes; su carácter esquivo y noble, áspero y salvaje pero preponderante á la virtud, constituirá sin duda alguna, en opinión de la crítica, una de las más hermosas creaciones de Pereda. Y en torno de ella agrúpanse otras siluetas delicadísimas, en que el aficionado á la pintura de costumbres hallará motivos de gozo y alegría: ora es el comerciante Liencres, armador de barcos, harinero poderoso, que acude tarde y noche al Casino y al Círculo de recreo buscando con quién disertar sobre los problemas económicos, financieros y políticos; ya es Muergo, el bárbaro pescador, monstruoso por la figura y por el carácter, que espanta por su barbaza inculta y por sus facciones de bestia montaraz; ó bien es el honrado dueño de media barquilla con la que se gana la vida... Todo el libro chorrea agua de mar y de sus páginas se exhala olor de algas que se secan al sol.

La otra novela que se anuncia es de Perez Galdós y se titula: *Nosotros, los buenos*.

**

Prepárase la publicación de una obra, buena en todos sentidos: buena por lo que al corazón atañe, buena por lo que al arte se refiere. Hablo de *Andaluza*, el periódico monumental que los ingenios españoles escriben, en estos momentos, en beneficio de las víctimas de los terremotos.

Grabados y poesías, acuarelas y artículos harán de este periódico una hermosa producción del espíritu humano, atento á dar de sí, por esas dos fuentes inagotables que se llaman sentimiento y genio, torrentes de amor y de arte.

J. ORTEGA MUNILLA

NUESTROS GRABADOS

TIPO DE BELLEZA

(reproducción fotográfica por el método Meisenbach)

Decía Mad. de Krudner á propósito de la belleza: «La belleza no es verdaderamente irresistible, sino cuando nos hace comprender algo ménos pasajero que ella; cuando nos hace soñar en lo que constituye el encanto de la vida más allá del fugitivo instante en que nos seduce; cuando el alma se deleita en su contemplación aún después que los sentidos se cansan de ella.»

Es decir que, en el cuerpo humano, aquella belleza física es realmente bella, que más nos hace sentir la belleza moral de quien la posee.

Aplicando esta teoría al busto de mujer que hoy publicamos, bien podemos asegurar que contiene las dos bellezas, lo cual hace doblemente atractiva esa hermosura. El hombre que se siente inclinado á lo bello, se siente inclinado por igual hácia lo bueno. Si fuese verdad que Neron amaba y conocía el arte, esta verdad no haría más que confirmar que el gran tirano de Roma era una verdadera aberración de la naturaleza. Por nuestra parte aceptamos sin vacilar la opinión de Mad. de Krudner y sostenríamos, á su tenor, que cuando los jueces del Areópago absolvieron á Phriné sin más prueba que la perfección de su cuerpo, es porque la belleza de la célebre griega debía decir al alma de las gentes honradas algo superior á los sentidos de la juventud libertina.

La mejor prueba á que podría someterse la belleza de una mujer, sería mostrarla á un hombre digno y preguntarle luégo:

—¿Le gustaría á V. para esposa?

DOS HERMANAS, cuadro por E. Blaas

Una dama joven y hermosa visita en su convento á otra dama, también hermosa, también joven: en el semblante de aquella irradia la aureola de la maternidad; en el de esta irradia la aureola de la pureza. Nacidas ambas bajo un mismo techo, destinadas á un mundo igual, la una brilla en los salones como una estrella, la otra perfuma el claustro como la violeta perfuma el bosque, como el incienso perfuma el templo.

La hermana que vive en el mundo considera tristemente á la que abandonó los placeres de la tierra; la mirada tranquila, dulce, impregnada de inefable bondad, de la religiosa, dice que cabe aproximar bastante la tierra al cielo. Al contemplar este interesante grupo, se halla uno perplejo entre cuál de esas dos mujeres es más feliz en su estado. ¿Quién sabe!... Quizás en alguna ocasión el pensamiento de la joven religiosa ha ido más allá de la reja de su locutorio; pero en este caso ha huido á refugiarse precipitadamente en el templo, como la avecilla que mira por primera vez más allá de su nido, se acoge, medrosa, bajo las alas protectoras de su madre. Hay flores tan delicadas y exóticas que únicamente prosperan al suave calor del invernadero.

**

LA CABRERA, dibujo por J. M. Marqués

¡Triste condicion la de esa pobre criatura!... Para ella el tiempo, la civilizacion, han permanecido estacionarios: lo mismo se guardan hoy los rebaños que se guardaban cuando Hércules limpió los establos de Augias. Cambiando el traje de esa mujer, podríamos representar á la cabrera de todas las épocas; la persona y la condicion son siempre las mismas. Belleza marchita por el sol y por el viento, por la lluvia y por la nieve, cuerpo mal resguardado por unos despojos de vestidura sin forma y sin color, inteligencia atrofiada y sin cultivo, alma sin comunicacion, sensibilidad sin causa, afecto sin objeto; hila la cabrera maquinalmente porque su madre la enseña á hilar, y crece, vive y muere, como crecen, viven y mueren los árboles en los bosques, las reses en las montañas y los pájaros en el espacio. La pobre cabrera es un sér en la creacion; no es una mujer en la sociedad.

El distinguido artista autor de ese dibujo lo ha comprendido de esta suerte, y hé aquí el tipo de la cabrera, tipo verdad, conocido y ejecutado con verdadera inteligencia. La actitud no puede ser más natural, el hilo pasa por las manos de esa mujer con una delicadeza admirable: todo en ella es cierto, preciso, y si de algo peca es quizás de exceso de naturalismo, digámoslo de una vez, de realismo.

No podemos ocultarlo: donde el artista, es decir, el genio, pone la mano, es indispensable que la imaginacion halle algo más que materia pura: para hallar el sentimiento en casos tales no es preciso resucitar la Arcadia de Florian.

SOLACES MUSICALES, cuadro por Rosenthal

Discípulo de la escuela de Munich, el pintor Rosenthal ha logrado adquirir envidiable renombre por sus obras, sobresaliendo en las que podríamos calificar de Historia de los conventos, por cuanto ha consagrado más especialmente sus talentos artísticos á reproducir escenas y episodios de los monasterios de la Edad media. En el cuadro que representa nuestro grabado, ha tratado de demostrar que los benedictinos no tan sólo sabian ser escritores y pintores, sino tambien excelentes músicos.

EL PINTOR CARTUJO, cuadro por H. Kaulbach

El distinguido pintor Hermann Kaulbach, siguiendo las huellas de su ilustre padre, ha conseguido si no el renombre de éste, por lo ménos ocupar un envidiable puesto entre los artistas contemporáneos. El grabado que hoy insertamos, esmerada reproduccion de uno de sus últimos lienzos, demuestra que esta distincion no es innecesaria y que en cuanto á facilidad, soltura y conocimientos pictóricos puede competir con sus más celebrados condiscípulos de la escuela de Munich.

VICTOR MAUREL, distinguido baritono francés

Los dilettanti barceloneses están de enhorabuena en la presente temporada. Despues de haber admirado la melodiosa y potente voz de nuestro célebre Gayarre, han tenido ocasion de aplaudir á un baritono de merecidísima fama, que si bien ha cantado dos noches solamente en nuestro Gran Liceo, le han bastado estas dos representaciones para conquistarse las simpatías del público, obteniendo una ovacion tan unánime y espontánea como justa. Víctor Maurel no es sólo un cantante de escuela perfecta, sino tambien consumado actor, tan inteligente como modesto, y tan dotado de caballerosidad como de noble desprendimiento: es todo un artista, en la verdadera acepcion de la palabra. Por eso el público barcelonés le ha manifestado con entusiasmo su afecto, y por eso espera impaciente la ocasion de aplaudirle y festejarle de nuevo en la próxima temporada de primavera.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

VISTAS DE MONTEVIDEO

La antigua América española, á través de sus convulsiones políticas, ha adelantado notoriamente en la senda del progreso. Estos adelantos interesan, sin duda alguna, á España: la América del Sur ha dejado de ser nuestra conquista, pero no puede negarse que fué nuestra hija y que hoy debe ser nuestra hermana.

Por esto publicamos gustosos la vista de algunos de sus edificios y monumentos, aprovechando esta ocasion para enviar un saludo amistoso á cuantos, allende los mares, adoran á nuestro Dios, llevan nuestros apellidos y hablan nuestro idioma.

COSTUMBRES DEL SIGLO XVII

EL CHOCOLATE

Cada siglo tiene su espíritu, sus ideas dominantes, sus costumbres particulares y por ellas se distinguen los tiempos entre sí, como las razas humanas se diferencian por el color, y así como no puede confundirse un europeo con un abisinio, es tambien imposible equivocarse unos siglos con otros.

A todos llegan esos rasgos, que constituyen el semblante de las diversas edades, desde el bello ideal del espíritu, hasta los gustos más prosaicos del individuo.

En este siglo, que ya se nos escapa, el paladar ha rendido culto entusiasta al café, y este fruto, apenas conocido

antes en nuestra patria, se ha naturalizado en ella, haciéndose vecino hasta de las menores aldeas, despues de haber sido mirado con prevencion y hasta con menosprecio.

De origen tambien ultramarino, vino á España, entremetido en las indianas flotas, allá por el siglo XVI, el chocolate, y aquel aromático producto de los vencidos habitantes del Nuevo Mundo, presto señoreóse de la voluntad de los soberbios hijos del Tajo y del Ebro, dominándolos por completo en la centuria siguiente.

Venganza que las Indias tomaron de España creyeron algunos que fué el haber metido en esta el chocolate y juntamente el tabaco.

Así decia Quevedo que «habian hecho más mal con meter acá los polvos y el humo, y jícaras y molinillos, que el rey católico á Colon y á Cortés, á Almagro y á Pizarro (1).»

Uno y otro se extendieron pronto por villas y ciudades y era el chocolate el obsequio más usado para los cumplimientos de las visitas.

No era caso raro tomarlo más de una vez; así vemos en la comedia de Moreto *No puede ser...* que, instado D. Félix para tomarle, dice:

..... Señor,
Eso por mí es excusado,
Que le he tomado dos veces.
No se os dé nada, tomadlo,
Que el chocolate, en Madrid,
Se usa ya como el tabaco.
(ACT. III. ESC. VI.)

Por entónces habia introducido en España el extranjero Paulo Xarquías ó Charquíás la invencion de los pozos de nieve (2), siguiendo á esto los helados y garapiñas de leche, almendras, mosela, bebida imperial, agua de guindas, canela, fresas y otras, que se agregaban al chocolate, todo lo que se usaba tanto y era tan comun, que los arbitristas calculaban que con el importe de aquellas golosinas podia el rey atender á gastos útiles al Estado.

Así decia uno de tales escritores: «El gasto supérfluo del chocolate y bebidas de sorbetes y garapiñas en muchas casas ordinarias, consume lo con que se pudieran armar compañías de caballos en las fronteras (3).»

Hízose costumbre que no hubiese visita sin el correspondiente chocolate, amén de las aguas heladas susodichas, á lo que se dió el nombre de *agasajo* (4).

En la comedia de Moreto, ántes citada, dice tambien el gracioso Tarugo:

A buen tiempo en esto os hallo,
Porque tengo una visita,
Y venia á suplicaros
Que me hiciesen chocolate,
Que es el preciso *agasajo*
Que á una visita se debe.

Zabaleta decia en su *Dia de fiesta por la tarde*, que «á esta manera de merienda, porque le viene largo el nombre, le llaman *agasajo*.»

Hoy lo hemos arreglado de otro modo y olvidando lo castizo, hemos dado en llamar á obsequios por el estilo *lunch*, mendigando frases exóticas para olvidar las de casa, porque, como no se entienden, suenan mejor aquellas.

Tan comun se hizo el indiano licor que servia su uso de comparaciones, respecto de otras cosas, que tambien se ponian demasiado en boga. Pruébalo Francisco Santos en su *Dia y noche de Madrid*, cuando hace decir á su personaje Juanillo, «amigo, el pedir las fregatrices dulces, es ya tan comun como el chocolate (5).»

Hízose platillo de gusto de las beatas, aún apegadas á tan grata costumbre; así el diablo Cojuelo decia, que él y su compañero D. Cleofás iban á Ecija, con una comision para quitar á aquellas el tomar tabaco y *sorber chocolate* (6).

(1) En *El entremetido, la dueña y el septon*.
(2) Aludiendo á Charquíás y su invencion, dijo Quevedo, elogiando la blancura de una dama:

A la rubia de aventuras,
A la que peina bochornos,
De cuyas manos, Charquíás
Llena de nieve sus pozos.

Cárlos V le dió ejecutoria de nobleza por su invención, prueba de lo mucho en que fué estimada.

(3) Bib. Nac. *Discurso hispano-político*. M. S. por el Abad D. José Arnolfini.

(4) Calderon, en *Fuego de Dios en el querer bien!* hace decir á doña Angela:

Al chocolate le llaman
Agasajo en las visitas.
(JOR. I. ESC. I.)

En otra comedia del mismo poeta *¿Cuál es mayor perfeccion?* se trata de *agasajar* á unas damas en una visita, y dice:

DOÑA LEONOR Yo á Beatriz regalaré;
Trata tú de regalar
A Angela.
DON FÉLIX Sí haré. A enviar
Dulces voy.
DOÑA LEONOR No hay para qué:
Lo que son dulces, y son
Chocolates y bebidas,
Ya las tengo prevenidas.
(JOR. I. ESC. I.)

(5) Discurso XI.
(6) Velez de Guevara, *El Diablo Cojuelo*, Tranco VI.

El que alcanzó presto la palma de ser el mejor entró cuantos se elaboraban en el mundo por Colon descubierta, fué el de Guajaca, ciudad que más adelante se hizo famosa por los ruidos subterráneos que en tal peligro la pusieron y se conocen vulgarmente por *los bramidos de Guajaca*.

Muchos textos podria aducir para probar la fama que adquirió este chocolate, que se servia en jícaras fabricadas en Mechoacan, pero me limitaré á los siguientes:

Calderon, en su entremés titulado *La Rabia*, pone estos versos en boca de un negro, que, en su algarabía, se dirige á doña Aldonza:

Siola, aquellas dos cajas
De chocolate, me mande
Pagar, pues que las dí hasta
A siete reales, teniendo
Tanta parte de *Guajaca*.

En otro entremés del mismo escritor, el conocido por *Los Flatos*, dice don Gil al botillero francés maese Corqueron:

¿Tendrá usted á aquestas horas
Una garapiña helada
De chocolate?
COQUERON ¡E qué bona!
De chocolat de *Jean-Jaca*.

El mismo Calderon en su comedia *El escondido y la tapada*, menciona tan delicado chocolate en ocasion en que unos criados están preparando el *agasajo* para una visita. Dice así el diálogo:

CASTAÑO Estos son de Portugal
Dulces.
BEATRIZ Dí dulces dos veces,
Pues dos veces lo serán
Por dulces y portugueses.
CASTAÑO Chocolate de *Guajaca*, etc.
(JOR. II. ESC. X.)

En tales *agasajos* las aguas heladas se servian primero que el chocolate.

Véase otro pasaje de la citada comedia *¿Cuál es mayor perfeccion?*

ROQUE ¿Podrás echarme hácia acá
Cualquier cosa?
INÉS Sí, por cierto.
¿Querrás *agua de limon*,
Guindas, ó *canela*?
ROQUE Luégo,
Inés, ¿todo el dia es agua?
INÉS No, que tambien darte puedo...
ROQUE ¿Qué?
INÉS Sorbete ó garapiña
De *aloja*, que es lo que tengo
Para ántes del chocolate.
(JOR. I. ESC. VI.)

Acerca del modo de tomarle, véase este pasaje de *Cuántas veo tantas quiero*, comedia de Villaviciosa y Avellaneda:

DOÑA ELENA Sillas, Celia, y dí á Lucrecia
Que *chocolate* les traigan
A aquestos dos caballeros.
COLETO Señora, si es de *Guajaca*,
Con una *yema de huevo*
Le traigan, por santa Clara,
Y, si hay bizcochos, mejor
Será que venga en sus cajas,
Que yo en tomar chocolate
Soy hombre de linda pasta.
(JOR. III.)

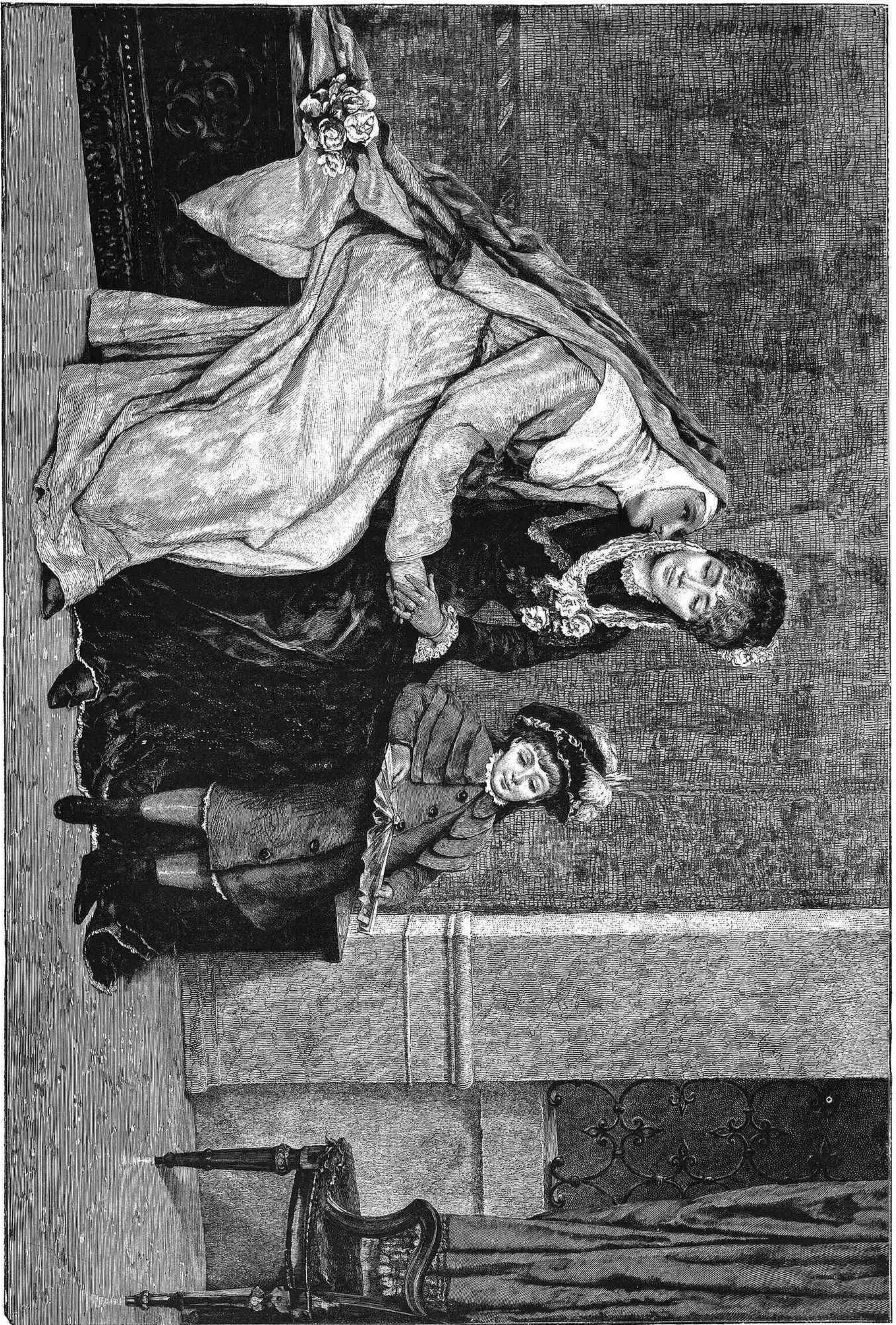
Por cierto que los cervantistas, que tantas cosas han notado en las *Novelas ejemplares*, el *Quijote* y demás escritos del de Lepanto, no han tenido cuidado de advertir que ni una vez sola habla del chocolate en sus obras. Ni en las andanzas del héroe manchego por ventas y majadas, y esto no es de extrañar, ni en las bodas de Camacho, ni en casa de caballeros como don Diego de Miranda, ó don Antonio Moreno en Barcelona, ni en el mismísimo palacio del Duque, donde habia dueñas quintañonas, y golosas por ende, se hace mencion del chocolate ni una sola vez, ni siquiera lo nombra el doctor Pedro Récio, para dar tormento al hambre de Sancho en su ínsula Barataria.

En fin, terminaré diciendo que, como objeto tan apreciado, constituia uno de los mejores regalos que los presidentes y vireyes del Nuevo Mundo remitian á España á sus valedores.

Véase á este propósito lo que escribia Barrionuevo en sus *Avisos* de 7 de noviembre de 1654 (7):

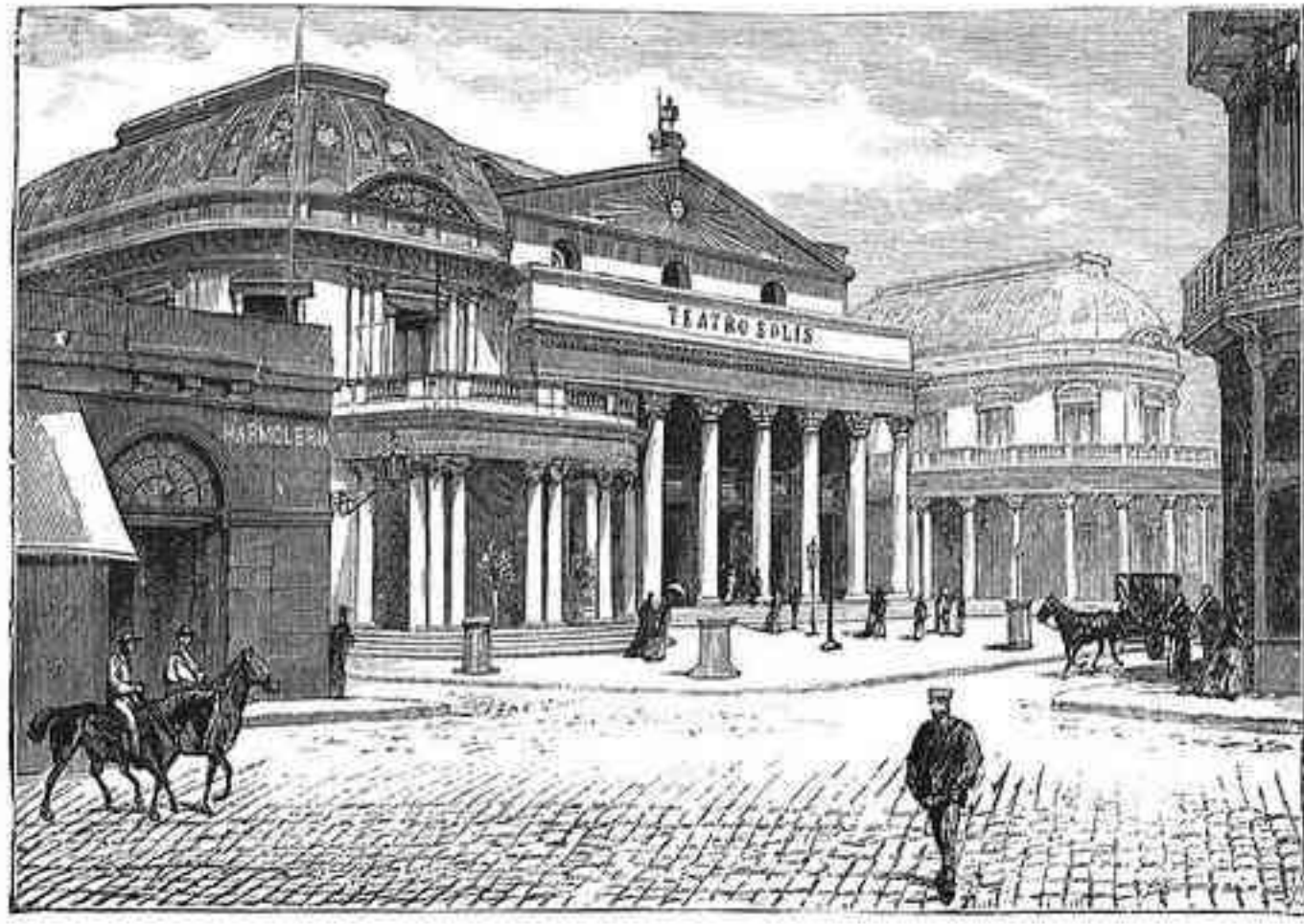
«He visto el *presente de chocolate* que envia el de Alburquerque para consejeros y señores: son diez y seis mil libras, de dos reales de á ocho cada libra, fuera del presente del Rey, Reina y D. Luis de Haro, que dicen será otras ocho mil libras, bien pagado el porte, que monta cuatro mil ducados, que los derechos se han perdonado. Brava locura arrojar un señor diez mil reales de á ocho como si fueran un puñado de arena. Viene todo en cajas de á libra muy dorado, que es seguro que sólo el adorno importa dos mil ducados. Olvidaseme decir que envia entre éste algunos talegos, como de cuartos, doblado mayores, de *chocolate en polvo*, mezclado con ámbar y otros

(7) Bib. Nac. M. S.—H. 100.



DOS HERMANAS, cuadro por E. Bias

SUPLEMENTO ARTISTICO



TEATRO SOLÍS



LA CATEDRAL



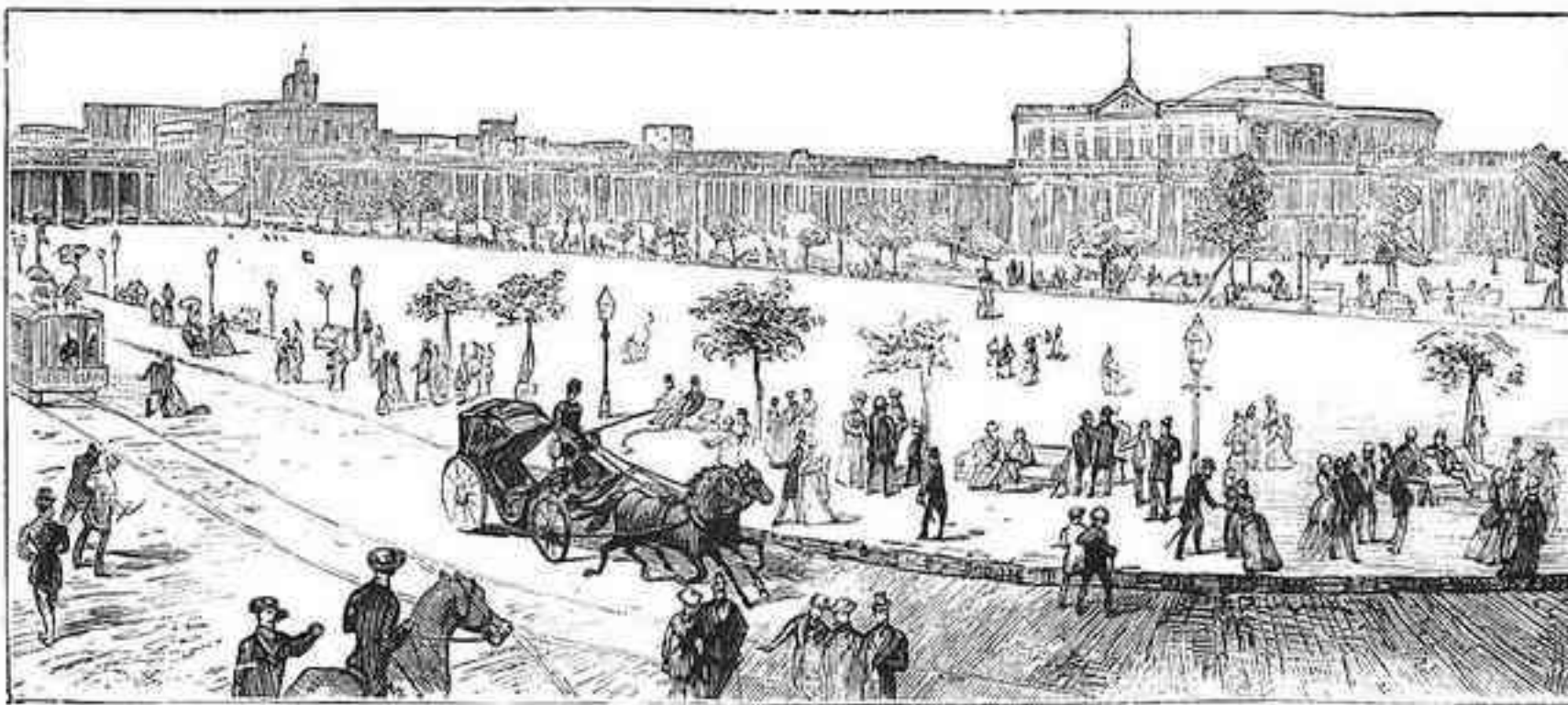
BRIGADIER GENERAL DON MÁXIMO SANTOS,
Presidente de la República Oriental del Uruguay



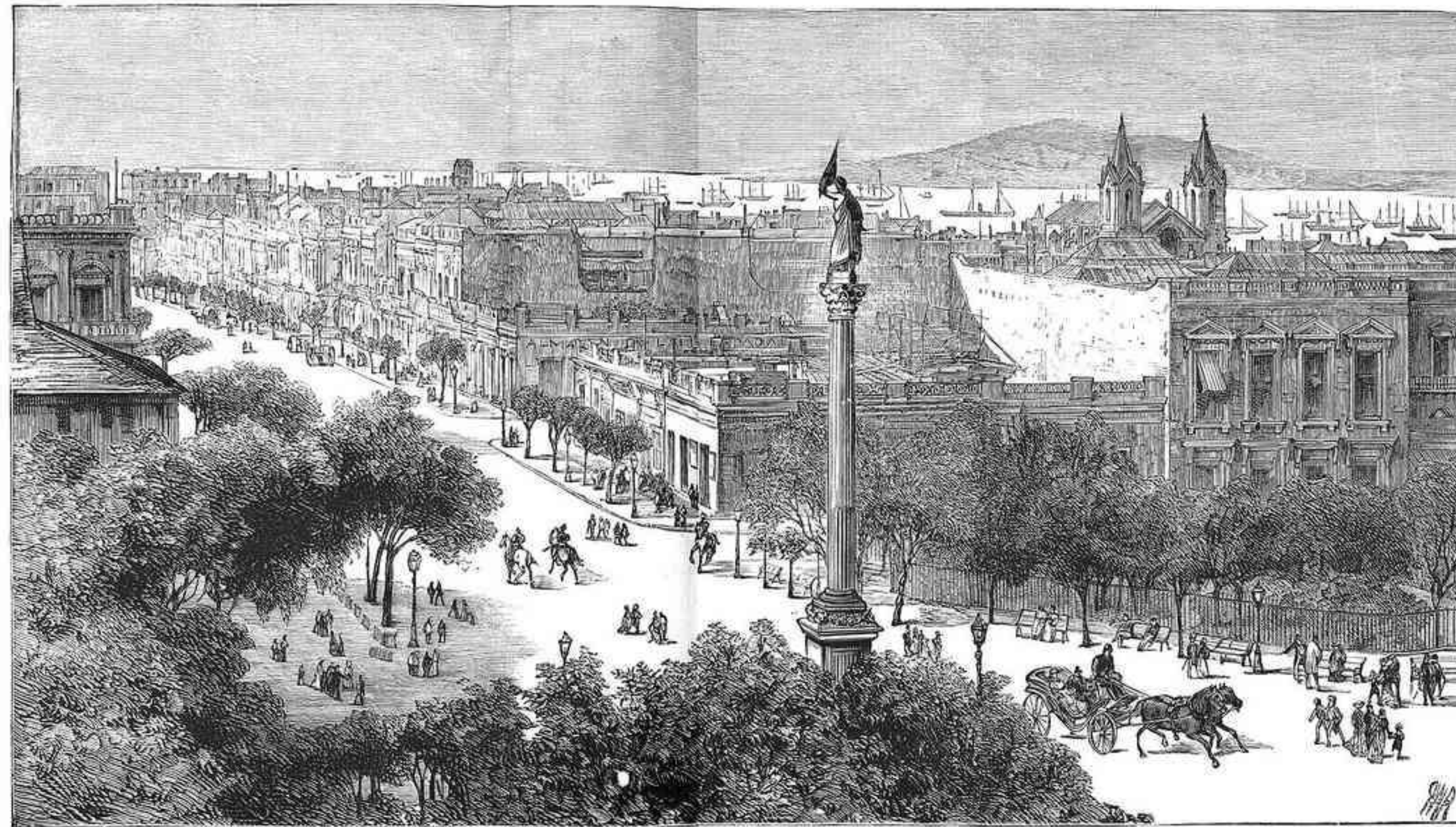
LA BOLSA



PALACIO DEL GOBIERNO



PLAZA DE LA INDEPENDENCIA



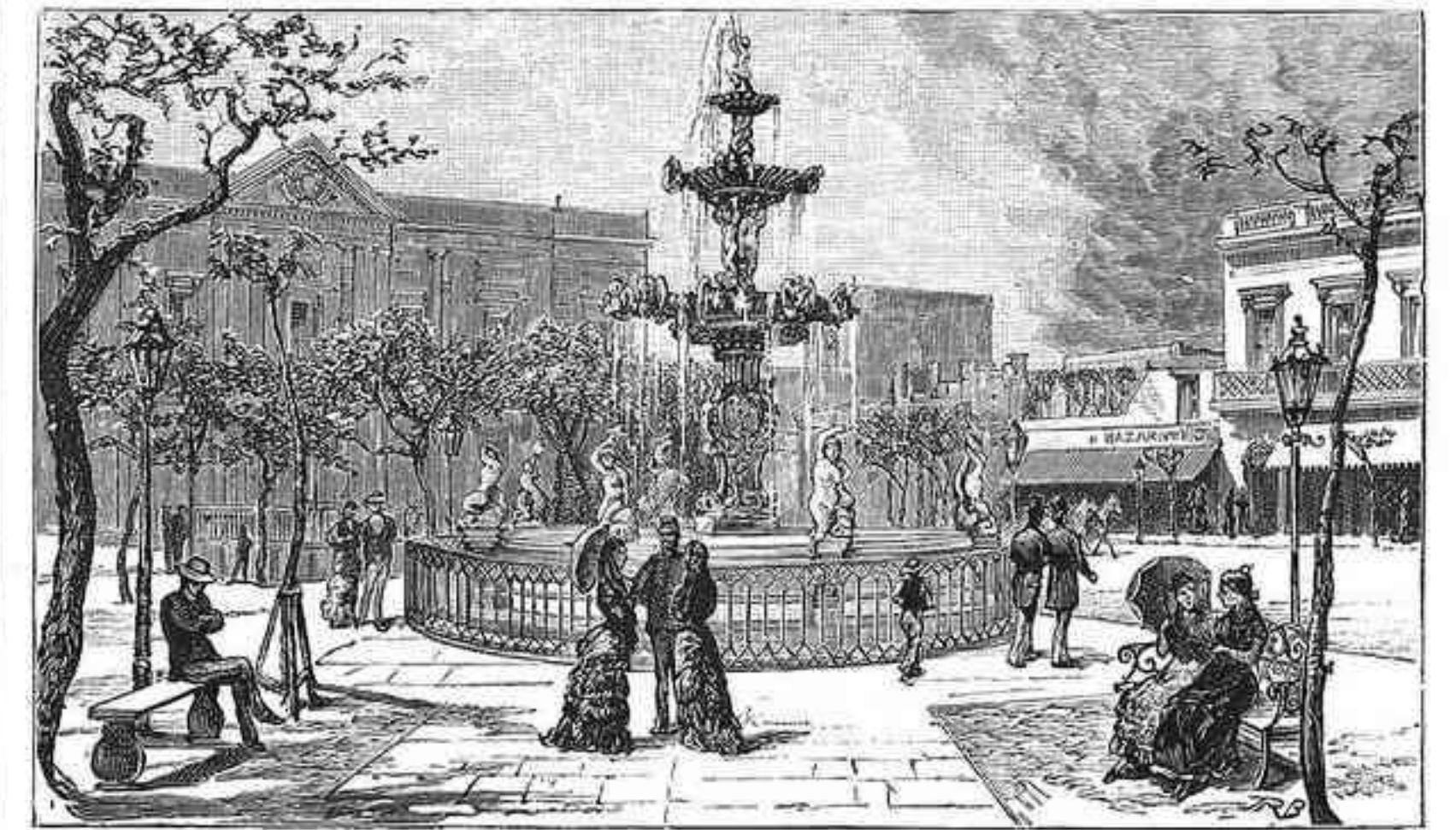
VISTA GENERAL DE MONTEVIDEO TOMADA DESDE UNA AZOTEA



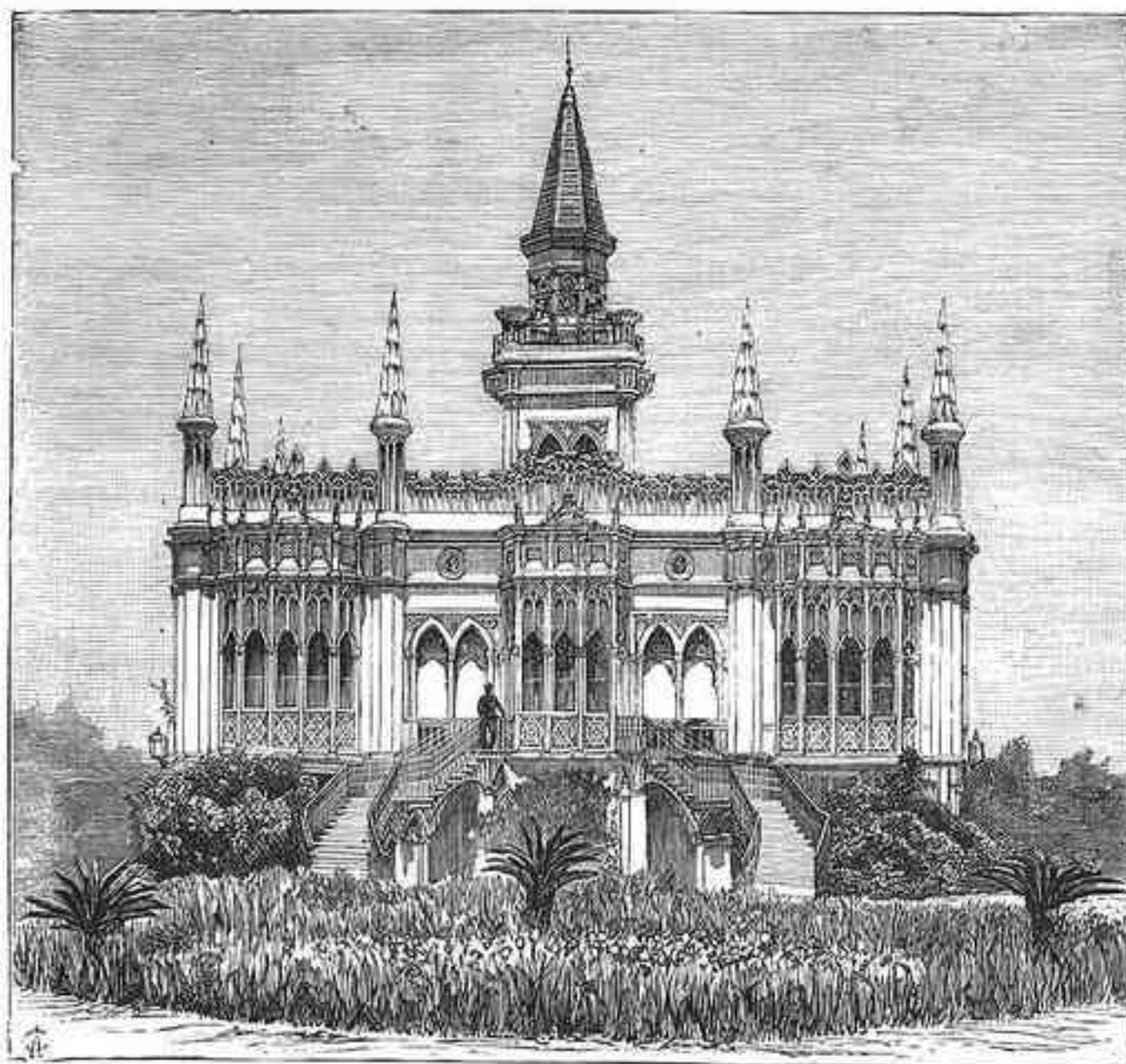
VISTA GENERAL DE MONTEVIDEO, TOMADA DESDE LA BAHÍA



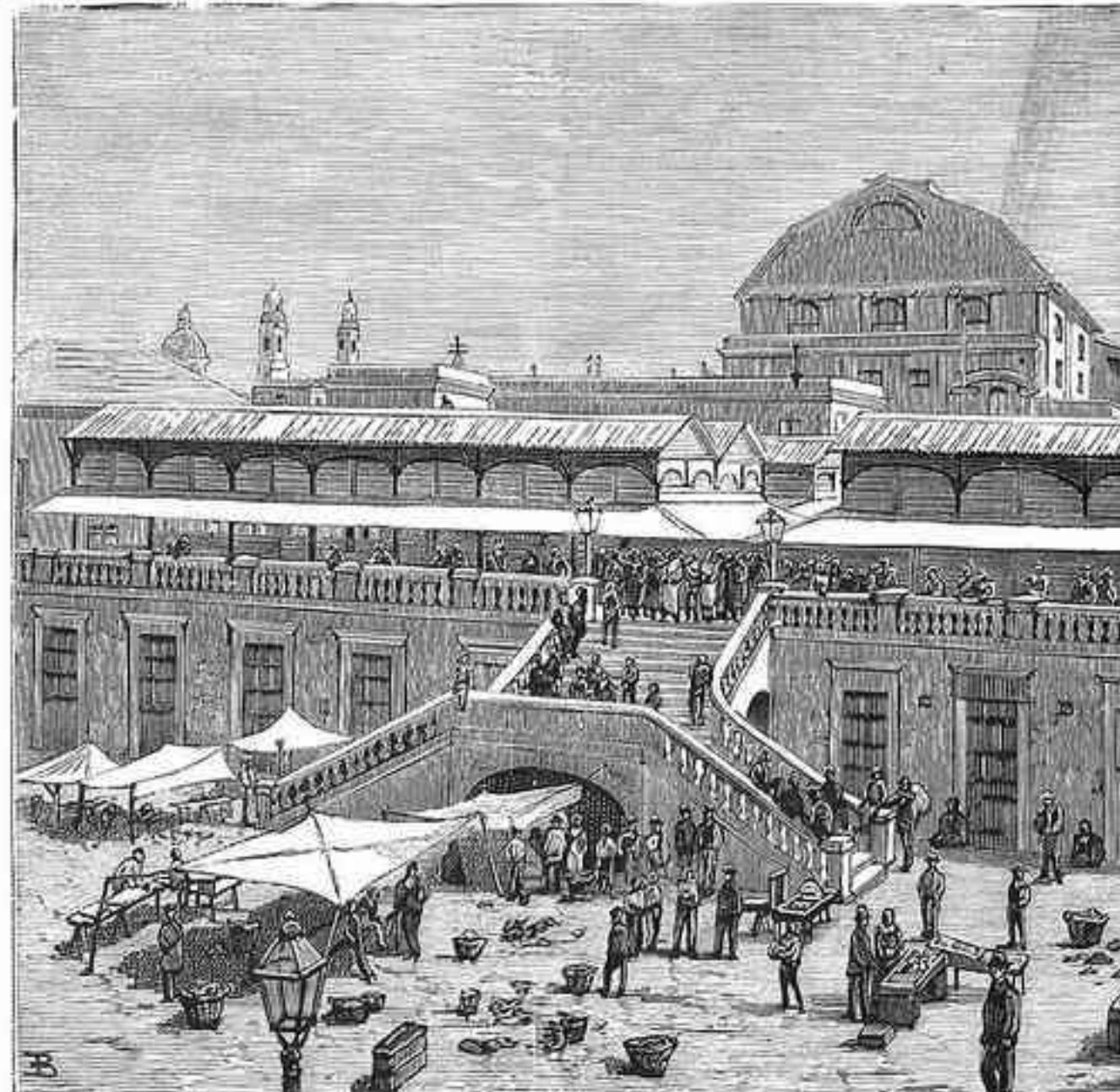
CUARTELES DEL GENERAL RIVERA



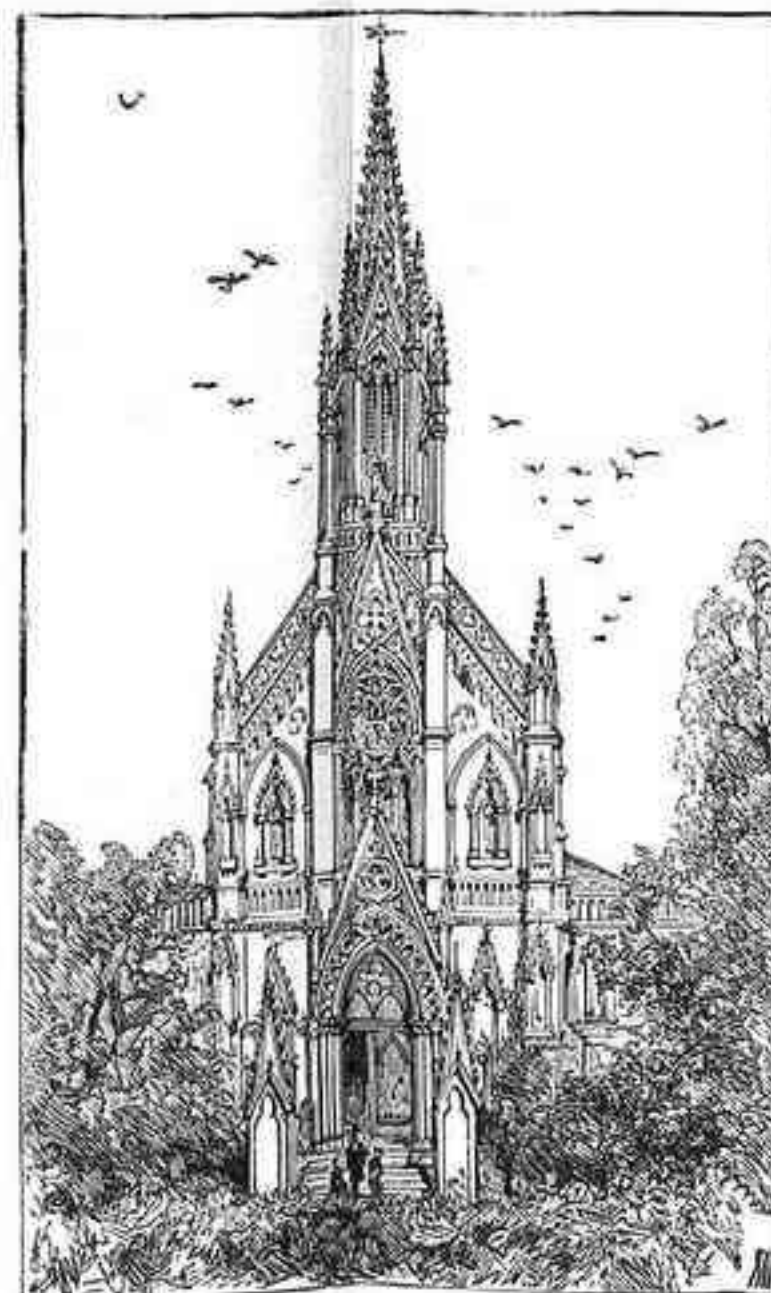
PLAZA DE LA CONSTITUCION



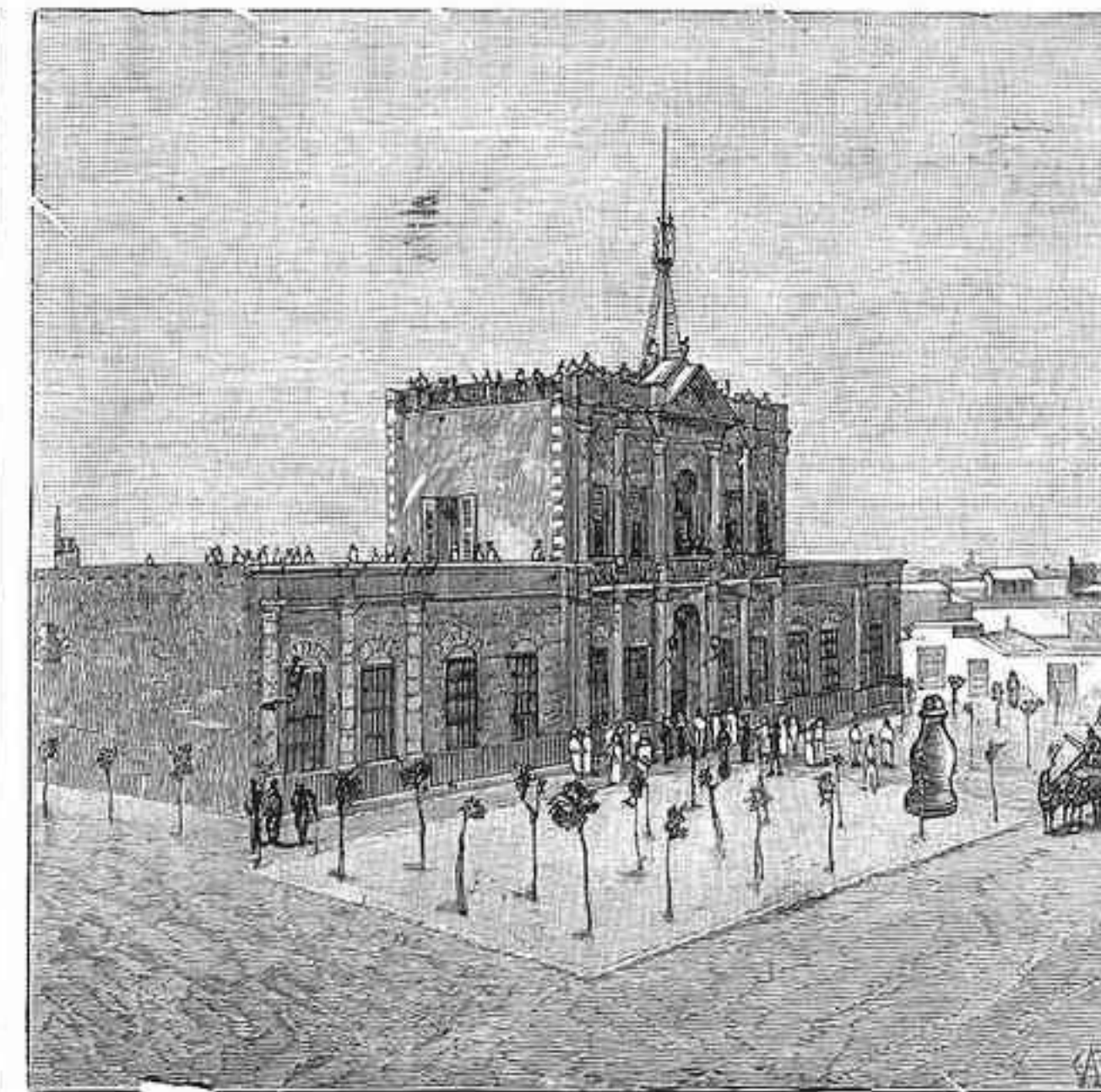
QUINTA DEL SEÑOR BERRO



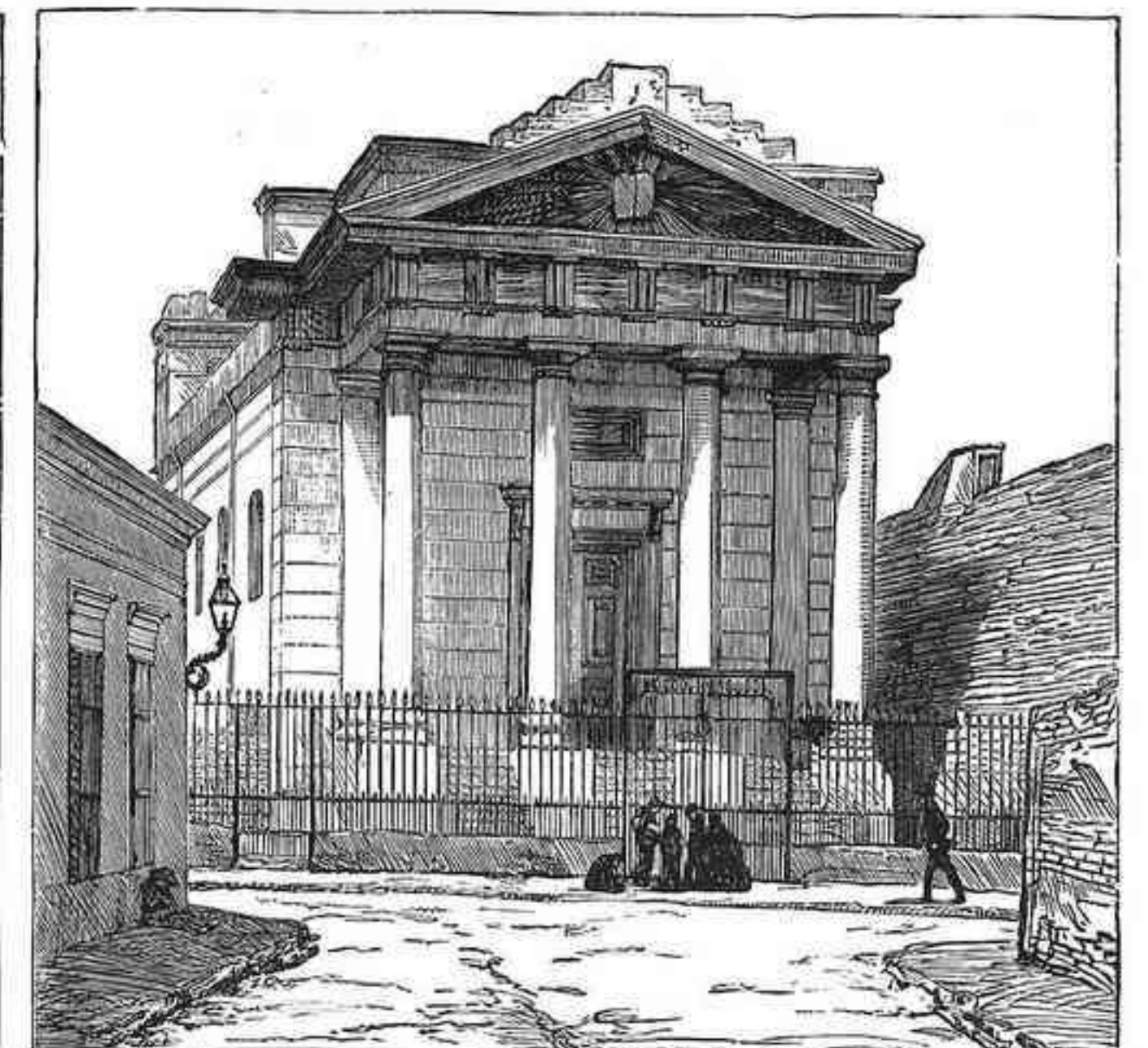
INTERIOR DEL MERCADO CENTRAL



CAPILLA DE ATAHUALPA



CUARTEL DE LOS «TREINTA Y TRES»



IGLESIA INGLESA

VISTAS DE MONTEVIDEO, URUGUAY (AMÉRICA DEL SUR)



—Hija mía,—la dijo,—vas á tomar esta tacita de caldo y ya verás cómo te reanima.
 Jacoba acercó la taza á los labios de la niña, que bebió el caldo sin dejar ni una gota.
 —¡Hija de mi alma!—añadió el ama de gobierno,—yo creo que tiene hambre. Si al señor le parece, la daré alguna friolerilla más.
 —Dala todo lo que quieras, pues ahora ya la hemos salvado,—añadió Aurelio, encendiendo un cigarrillo de papel.
 Y luego dijo:

—Pero ¿has visto, Jacoba, has visto qué criatura tan bonita?

—Es un ángel, nunca he visto ojos más grandes ni más negros. ¡Ah! esta niña bien vestida de seguro llamará la atención de todo el que la vea, porque ya ve V., ya ve V., la pobrecita qué pingajitos lleva; ¡qué fea es la miseria!

—Mañana la comprarás todo lo que le haga falta y esta noche que duerma contigo; ya le dispondremos una habitación.

—¿Pues qué, va el señor á quedarse con esta niña para siempre?

—Pues es claro, yo no hago las cosas á medias.

—¿Pero y sus padres, y su familia?

—Buenos padres y buena familia te dé Dios; yo me la he encontrado en el quicio de una puerta, es una hija que me envía la Providencia; á pesar de eso, mañana procuraré averiguar de dónde procede esta infeliz criatura:

Y Aurelio, fijando los ojos en la niña, añadió:
 —¿Te has fijado bien en la cara de esta niña?... ¿No encuentras un parecido con?...

Jacoba hizo un brusco movimiento.
 —¡Bah, el señor no debe acordarse de semejante cosa!

—Dices bien; tráela, tráela algo para que coma, tal vez tiene hambre.

Jacoba salió del gabinete.
 Aurelio se puso á pasear por la habitación.

La niña sentía tan grato bienestar junto á la lumbre, que poco á poco se fueron cerrando sus ojos y se quedó dormida.

De vez en cuando el maestro compositor detenía un instante su paseo para fijarse en la niña.

—Los ángeles de la tierra se reconcilian pronto con el sueño,—se dijo, viendo que se había dormido.

Jacoba entró de nuevo en el gabinete; colocó un velador delante de la niña y dejó sobre él una bandeja donde traía algunos fiambres.

—¡Calla!... se ha dormido. ¿Y qué hacemos ahora?

—Despiértala,—contestó Aurelio;—que coma ahora, luego tiene tiempo para dormir.

Jacoba despertó á la niña, que al ver los apetitosos manjares delante comenzó á comer con buen apetito.

Mientras tanto, Aurelio continuaba sus paseos y como abismado en sus reflexiones.

—¿Parece que hay apetito, hija mía?—la preguntó Jacoba.

La niña se sonrió y continuó comiendo.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Solita, para servir á usted.

—¿Y qué más?

—¿Qué más?... Pues Solita.

—¿Y cómo es que el señor te ha encontrado en el quicio de una puerta? ¿No tenéis casa donde dormir?

—Yo estaba con mi abuelito,—repuso la niña, á la que el alimento y el calor de la chimenea reanimaban como por encanto,—pero se llevaron unos hombres á mi abuelito y me quedé sola.

—¿Y adónde se lo llevaron?—volvió á preguntar Jacoba.

—No lo sé... Mi abuelito me dijo: «Solita, estoy muy malo... ¡Qué va á ser de tí si yo me muero!» y lloraba y me miraba de un modo muy triste tendido en su jergon; yo lloraba también, y pasaron muchas horas, muchas, y mi abuelito siempre tendido en su jergon y mirándome con unos ojos muy abiertos. Vino un señor y habló con mi abuelito... Yo oí que le decía: «¡Al hospital, al hospital!» ¿Qué es el hospital?

—Es una casa muy grande,—contestó Jacoba,—donde se llevan á los pobres enfermos que carecen de recursos.

—Ah, vamos; pues ahí se llevaron á mi pobre abuelito los hombres de la blusa, los que llevaban una cosa dorada en la gorra.

Aurelio se había parado junto á la butaca de la niña y la escuchaba con gran atención.

—Le cogieron entre los dos,—prosiguió Solita,—uno de los pies, otro de la cabeza, y desde el jergon le pusieron en una cama cubierta con una tela, y se lo llevaron. Yo salí de casa, detrás de ellos, pero ellos corrían más que yo y los perdí; desde entonces no he vuelto á ver á mi pobre abuelito que tanto me quería.

A los ojos de la niña asomaron dos lágrimas.

—¿Pero tú no tienes madre?—le preguntó Aurelio.

—No lo sé, creo que no; en casa sólo veía al abuelito.

—¿Y recuerdas tú cómo se llamaba tu abuelito?

—Vaya, pues ya lo creo; los vecinos le llamaban don Antonio, pero yo le llamaba papá Tono.

Aurelio se estremeció y maquinalmente dijo:

—¡Don Antonio!... ¿Y el apellido?

—¿El apellido?... ¿y qué es apellido?—preguntó la niña, mirando con fijeza á su interlocutor.

—El apellido es otro nombre, por ejemplo, tu abuelito podrá llamarse don Antonio Escudero.



EL PINTOR CARTUJO, cuadro por H. Kaulbach

—Ah, yo he oído ese nombre, pero no sé en dónde,—añadió la niña.

Aurelio sintió un segundo estremecimiento y dijo, hablando consigo mismo:

—¡Qué combinaciones tan imprevistas tiene la casualidad!... Es preciso que yo sepa quién es el abuelo de esta pobre niña... Ah, si fuera... pero no, no es posible.

Y luego añadió, dirigiendo la palabra á la niña:

—¿Iba á tu casa una señora á ver á tu abuelito?

—Una vez vino una, pero el abuelito se enfadó mucho, mucho, y recuerdo que le decía, cerrando los puños:

—Vete, vete!—y ella se fué.

—¿Y á tí no te dijo nada esa señora?

—Nada, nada, nada; yo la miraba desde un rincón y tenía mucho miedo porque ella gritaba y amenazaba á mi abuelito como una mujer mala.

Aurelio se llevó una mano á la frente y exhaló un suspiro, murmurando:

—¿Será la Providencia la que ha puesto á esta niña delante de mi paso?... Mañana saldré de dudas... Sí, mañana recorreré si es preciso todos los hospitales de Madrid, hasta encontrar al abuelo de esta niña. Si ella recordara el nombre de la calle, el número de su casa...

Y levantando la voz, preguntó:

—Dime, hija mía, ¿sabes tú el nombre de la calle donde vivía tu abuelito?

(Continuará)

LOS GRANDES INVIERNOS

II

Los grandes inviernos del siglo XI.—Los europeos antropófagos.—La emigración de las anguilas.—La solidificación del mar.—Desde el castillo de Kronborg.—La resistencia del hielo.—Los bailes bajo la nieve en Bolonia.—Los grandes inviernos del siglo XV.—Un ejército sobre el Danubio.—Los hielos del Ródano y del Pó.—El vino helado en el cáliz.—Ferias sobre los hielos del Escalda.—La escuadra veneciana aprisionada por los hielos.—El Támesis helado.

De los siete inviernos rigurosos señalados en la lista de Köppen para el siglo XI, hay referencias de los de los años 1044 y 1068, en los que despues de seis meses de riguroso frio en cada uno, el hambre que sobrevino fué tal, que muchas gentes tuvieron que alimentarse de animales inmundos y aun de carne humana; cítanse tambien el invierno de 1074, señalado como uno de los grandes inviernos centrales y durante el cual el frio fué tan riguroso y tan seco, que al decir de los cronistas de la época, los rios no sólo se helaron en su superficie sino en toda su masa, hasta el fondo, lo cual, aunque es una evidente exageración, prueba la crudeza de aquel invierno; el de 1076, en el que las grandes heladas duraron en gran extension de Europa desde primeros de noviembre hasta mayo, pereciendo la mayor parte de los árboles y viñedos, helándose las semillas bajo tierra, con lo que la escasez fué tal, que el hambre duró algunos años; y por último, el de 1082 en el que el emperador Enrique IV, seguido de sus soldados, atravesó el Pó, á la sazón completamente helado.

Otros siete inviernos rigurosos se cuentan en el siglo XI, pero los más memorables fueron los de 1124 y 1133. En el de 1124, la vida se hizo extraordinariamente difícil á causa del amontonamiento de la nieve que no cesó de caer durante cuatro meses en casi toda Europa. Los niños y mujeres perecian de frio; en los rios los peces murieron aprisionados por el hielo que se hizo tan grueso y sólido que soportaba enormes carros cargados; las caballerías circulaban por el Rhin como por una carretera; en el Brabante se vió un hecho singular; expulsadas las anguilas en prodigioso número de sus charcas por el hielo, se refugiaban y ocultaban en las granjas, donde quedaban tambien muertas de frio; el ganado pereció tambien en muchas comarcas y los árboles no echaron las hojas de primavera hasta fines de mayo, en Francia, en Suiza y alta Italia. Esta sucinta descripción de los frios de aquel año, hecha por Guillermo de Nangis, caracteriza perfectamente un invierno crudísimo.

El de 1133 tambien fué un gran invierno; se heló el vino en las bodegas y el frio y el hambre fueron espantosos; pueblos enteros se vieron obligados á escarbar la nieve y la tierra para alimentarse de raíces, y si se ha de creer á los cronistas de la época, gentes hubo que desenterraban los cadáveres para alimentarse de su carne!

El invierno de 1149 debió ser tambien muy rudo. En las costas de Flandes las aguas del mar se helaron de tal modo que podían recorrerse á pié hasta tres millas de la orilla; las olas solidificadas semejaban desde léjos ruinas y torres de fantásticas ciudades. Y hay que advertir que la solidificación del mar en grandes extensiones junto á las costas es un hecho que se presenta pocas veces en las latitudes medias, acaeciéndose sólo en los inviernos más extremadamente rigurosos, porque se necesita la temperatura extraordinariamente baja de los mares polares para que pueda verificarse. El mismo mar Báltico á los 58° de latitud Norte no se hielá en totalidad, sino en mayor ó menor extension, segun los rigores del frio; desde el siglo XIV parece que la solidificación de la superficie de dicho mar es más frecuente y más extensa que ántes, alcanzando el hielo gran espesor. En 1323 la parte meridional se heló por completo y durante seis semanas pudieron hacerse viajes á caballo desde Copenhague á los puertos de Lubeck y Dantzic, habiéndose colocado hitos y postes indicadores sobre el hielo en los sitios en que los caminos provisionales formados sobre el mar, se cruzaban en varias direcciones. Otro tanto ha sucedido en otros muchos inviernos, tales como en 1339, 1349, 1399, 1402 y 1407.

Un día contemplaba yo el célebre paso del Sund, allá en el Báltico, desde las altas plataformas del antiguo castillo de Kronborg, que Shakespeare hizo famoso en su Hamlet; era en verano; al Sur se divisaba gran extension de la isla de Zelandia cubierta entónces de verdura; al Norte, las costas suecas de la Scania; el paso del Sund aparece por aquella parte tan estrecho, que los rojos tejados de Helsingfors, poblacion sueca que está en frente, parecían estar á los piés del castillo, y el brazo de mar como un rio de regular caudal, en lo tranquilo y en la poca distancia que entre ambas orillas media. Buques de todas clases y portes y nacionalidades lo frecuentaban á la sazón comunicando gran animacion y movimiento.

—Pues hay muchos inviernos,—me dijeron los dinamarches que me acompañaban,—en que el hielo ofrece barra infranqueable á la navegacion: entónces la escena muda por completo, los barcos se cambian por camiones, las barcas por trineos, y en unos y otros vehículos y á pié y á caballo, se comunican, van y vienen suecos y dinamarches sobre el hielo.

Hay que advertir que la resistencia que el hielo presenta en cuanto llega á tener algun espesor es enorme, á lo cual contribuye tambien la del agua que por debajo le sostiene. De curiosas experiencias hechas por los físicos Hamberger, Temanza y Toaldo de la Real Sociedad de Lóndres, se deduce que basta un espesor de 5 centímetros para que el hielo pueda soportar el peso de un hombre; con 9 centímetros resiste la carga y marcha de un caballo con su jinete; á los 13 centímetros resiste el paso de trineos cargados con una pieza de á ocho; y cuando la capa llega á los 20, la artillería de campaña con todos sus atalajes puede caminar perfectamente. Los carros más pesados, las más numerosas multitudes están con seguridad completa sobre el hielo de los rios y mares cuando el espesor pasa de los 27 centímetros.

**

Los inviernos más notables de los siglos XIII y XIV, fueron: el del año 1216, en que se helaba el vino haciendo estallar los toneles en las bodegas; el de 1276 en que los rebaños llegaron á perecer de frio en la misma Italia; el de 1316, que fué uno de los más rigurosos, y en el que el hambre á consecuencia del frio fué tan espantosa que las madres tenían que esconder á sus hijos para que no se los robasen turbas famélicas; y los de 1333, 1349 y 1399, en que se heló toda la parte meridional del Báltico. El de 1341 fué tambien sumamente rudo en la Livonia, pues la mayor parte de los soldados del ejército de los cruzados perdieron las narices, los dedos, las orejas completamente helados.

En el de 1359 cayó tan prodigiosa cantidad de nieve.

que, según los de la época, en Bolonia el espesor de la nevada alcanzó á 17 metros; los jóvenes de la ciudad hicieron bajo tal masa de nieve, galerías y aun salones de baile en los que celebraron fiestas en memoria de suceso tan extraordinario.

Nada ménos que quince inviernos rigurosos se cuentan en el siglo xv y de ellos siete extremadamente crudos. El del año 1408 fué tal que según los contemporáneos no se había conocido en 500 años otro semejante. Selibien dice que desde San Martín el frío se hizo insostenible; se helaron las raíces de las viñas y de los árboles frutales, se helaron por todas partes los ríos; los carrajes estuvieron atravesando mucho tiempo sobre el Sena, en París; en los registros del Parlamento francés se lee que al apuntador de dicho Parlamento se le helaba la tinta en el tintero.

El año 1422 también fué muy riguroso produciendo efectos semejantes, y del de 1434 se cuenta que poco ó mucho no dejó de nevar en París durante cuarenta días consecutivos. En 1442 duraron tres meses las nieves en las calles de Carcasona, según se lee en los registros de dicha ciudad. En 1457 el frío fué tan general y tan rudo que la mayor parte de los ríos de Europa se helaron; sobre la superficie del Danubio congelado acampó un ejército de 40,000 hombres. En 1493 se heló también parte del Adriático, con las lagunas de Venecia.

En el siglo xvi se citan diez y ocho inviernos rigurosos; de ellos son notables: el de 1503 en que el Pó helado sostuvo el peso de todo el ejército del papa Julio II; el de 1524 en que perecieron de frío muchas personas en Inglaterra; el de 1544 en el que el vino se heló y fué necesario partirlo con hachas, vendiéndose los pedazos al peso; el de 1552 en el que el frío diezmo el ejército de Carlos V, en el sitio de Metz; el de 1564, que tuvo todos los caracteres de un invierno rigurosísimo, los ríos se helaron por completo, las vides y los árboles frutales perecieron



Víctor Maurel, notable artista que acaba de cantar con gran éxito en el teatro del Liceo de esta ciudad

por todas partes; el de 1565 en que se heló el Ródano y muchas gentes morían yertas en los caminos; el de 1571, célebre por sus nevadas extraordinarias, pues en el mediodía de Francia duró la nieve sobre el suelo sesenta días y su peso arruinó muchas casas, pereciendo sus moradores entre las ruinas y la nieve; el de 1589 en el que el mariscal Montmorency con artillería y todo atravesó el

zaban en todas direcciones; sobre el río helado se celebró una feria que duró quince días, con una corrida de toros y otras diversiones análogas.

De los inviernos famosos de los siglos xviii y xix se tratará en artículo aparte, que entonces ya se conocía el termómetro y se pudo graduar mejor la intensidad de los frios.— DOCTOR HISPANUS

Ródano completamente helado, y el de 1595, en que llegó á helarse el Mediterráneo junto á las costas de Marsella.

Del siglo xvii, cuatro inviernos merecen especial mención: los de los años 1608, 1620, 1655 y 1683. En el de 1608 la helada duró más de ocho meses sin interrupción en toda la Europa central, heláronse los ríos, los árboles y las vides, perecieron por todas partes viajeros en los caminos y más de la cuarta parte de los ganados; cuentan que el día 10 de enero, el vino se heló en el cáliz en la iglesia de San Andrés de los Arcos, en París; el pan que se sirvió á Enrique IV el día 23 de enero estaba helado. Los habitantes de Amberes celebraron alegres ferias sobre la superficie helada del Escalda, levantando tiendas y gáritas sobre el hielo, por el que marchaba, bailaba y corría la multitud. En el invierno de 1620 el Zuiderzée, la parte meridional del Báltico y las lagunas de Venecia se helaron por completo; en estas últimas quedó aprisionada por los hielos la flota veneciana. En 1655, el frío fué tan vivo que se vieron llegar á las costas alemanas del Báltico, carros bien cargados y tirados por cuatro caballos, que, procedentes de puntos distantes más de 40 kilómetros habían hecho su travesía caminando sobre el hielo del mar. En 1683 el mar del Norte se heló en las costas de Inglaterra, Francia, Bélgica y Holanda, en una extensión de algunas millas mar adentro, de tal modo que ningún buque pudo salir ni entrar en los puertos por espacio de dos semanas; el Támesis se heló en Londres, de tal modo, que vehículos de toda clase lo cru-

LUISA DUDLEY.—ENRIQUE BURTON

Los dos personajes, cuyos retratos insertamos en esta página, han adquirido en estos días esa notoriedad poco envidiable que se obtiene apelando á medios violentos y reprobados.

El primer retrato es el de la viuda de un oficial inglés, muerto á consecuencia de una explosión de dinamita, y que deseando vengar la muerte de su marido, ha disparado un revolver en Nueva York contra O'Donovan Rosa, famoso agitador irlandés, suponiéndole uno de los jefes de los dinamitistas ingleses. Al caer en poder de los agentes de la autoridad, no ha manifestado emoción ni pesar alguno por el atentado que acababa de cometer, ántes al contrario, se ha mostrado satisfecha de su vengativo acto.

La dinamita es también la que acaba de dar á conocer á Enrique Burton. Nuestros lectores no ignorarán sin duda los recientes estragos causados en la Torre de Londres, en el ferrocarril subterráneo y en otros edificios londinenses por diferentes explosiones de dinamita, explosiones que por desgracia han causado algunas víctimas. Pues bien, Enrique Burton aparece como presunto co-reo de estos atentados, y sin que por nuestra parte nos permitamos afirmar ó negar esta presunción, opinamos que la fisonomía del individuo en cuestión no desdice en verdad del tipo que nos formamos del dinamitista.



LUISA DUDLEY



ENRIQUE BURTON

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicación de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprensión de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTISIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE DON LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo.—*Ornamentación*, 2 tomos.—*Escultura y Gléptica*, 1 tomo.—*Pintura y Grabado*, 1 tomo.—*Cerámica*, 1 tomo.—*Historia del traje, armas y mobiliario*, conteniendo la colección completa de la obra de F. HOTTENROTH 2 tomos.

El precio total de esta publicación será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON